



# CLIO

REVISTA BIMESTRE DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

EDICION A CARGO DE LA COMISION DE PUBLICACIONES

ACOGIDA A LA FRANQUICIA POSTAL Y TELEGRAFICA

Año XVI

Ciudad Trujillo, República Dominicana, Julio-Diciembre, 1948

Núm. 82

## La Academia Dominicana de la Historia y el Centenario del Dr. Henríquez y Carvajal

Discurso de su presidente doctor Manuel de Js. Troncoso de la Concha, en el acto del descubrimiento de la tarja conmemorativa en la casa del Maestro.

Señores:

Una tarde muy triste, hace ahora cuarenta años, en el instante de ser descendidos a la huesa los restos mortales de aquel varón de espíritu fuerte, mente esclarecida y verbo ardiente y justiciero que fué Miguel Angel Garrido, cuya muerte prematura e inesperada ensombreció los corazones, don Federico Henríquez y Carvajal, con palabra presa de la emoción y del dolor que embargaba su ánimo, dijo en su oración funeral de despedida: "Muy grandes fueron sus méritos; insignes fueron sus virtudes: pero por encima de todas sus ejecutorias nobilísimas se recordará siempre en él al periodista, porque ésta fué la actividad más amable y admirable de su vida".

¡Cómo vienen a mi memoria en este día de contento en que nos agrupamos para celebrar regocijados los cien años cumplidos de don Federico, aquellas inspiradas palabras tuyas! Porque sería necesario escribir muchas páginas, ahondando en las múltiples actividades de su fecunda existencia, para expresar cuánto él ha sido y ha representado para esta tierra de su amor; mas, cuando se quisiera sintetizarlo todo en pocas expresiones, para mostrarlo en lo que fué la esencia de su vida y en lo que parece haber sido su misión humana, bas-

taría exclamar: ¡ha sido mucho, sobresaliendo en él siempre el maestro!

De pocos hombres, en efecto, como del doctor Federico Henríquez y Carvajal, se puede decir que no ha habido actividad noble a la cual no hiciera la aportación de su inteligencia, su sabiduría y su esfuerzo. Fué servidor del Estado en las tres ramas del Gobierno: legislador constituyente y ordinario, ministro del Ejecutivo, presidente de la Corte Suprema de Justicia; presidió en días difíciles, de prueba, el concejo edilicio capitalense; hasta que los años le rindieron y se vió compelido a guardar reposo, estuvo conspicuamente figurando en todas las instituciones culturales, benéficas y de índole diversa que inició o para la realización de cuyos fines fué solicitado su concurso, y en cada rasgo suyo se vió y en cada actuación se observó invariablemente al maestro, porque esa fué su vocación perenne, como si tal, diríase, hubiese sido su destino.

Orador de elocuencia arrebatadora y sin desmayo; escritor de estilo propio, inconfundible; cantor del hogar y de la patria; periodista de combate en época sombría de nuestro pasado en que exponía su libertad y hasta su vida; erudito en los grandes conocimientos de la historia y experto en la

crítica histórica, su palabra se torna más emotiva, su verso es más armonioso, su juicio más persuasivo cuando habla o escribe el educador, el maestro.

Discípulo dilecto de Meriño, el patriota eximio, tribuno y maestro, en las aulas del Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino, centro educativo de su primera formación espiritual, se halla todavía en la edad adolescente y ya empieza su labor. Principia en la enseñanza primaria y de ahí en adelante no hay disciplina, no hay escuela de enseñanza general en que el "señor Federico", como le llamamos un tiempo sus discípulos, no difunda la luz de sus conocimientos. Llegado a la edad adulta, sus discípulos, o quienes lo fueron, forman legión, y al acercarse a la senectud no hay lugar del país en donde no se encuentre un discípulo suyo que le recuerde con amor y veneración por el alimento espiritual que de él recibió en las primeras letras, o en cursos de escuelas superiores o en la enseñanza universitaria, porque desde preceptor en la instrucción primaria hasta Rector de la Universidad de Santo Domingo, todo el escalafón de la enseñanza fué recorrido por él en fuerza del reconocimiento de sus méritos excepcionales. Nadie le iguala en ese punto entre nosotros y tal vez pocos humanistas y pedagogos en el mundo. Maestro de tres generaciones, es, así, antonomásticamente, el Maestro. Aun parecen llenar el ambiente las voces jubilosas de sus discípulos, entre quienes había desde adolescentes imberbes hasta abuelos, desde estudiantes hasta hombres de letras y profesionales de fama, desde artesanos hasta altas dignidades del Estado y de la Iglesia, cuando como tal lo aclamaron. Justo homenaje rendido a quien, ni en los días en que arduas funciones de gobierno, o actividades patrióticas, o de fomento cultural, o de otra índole ocupaban su mente y comprometían su tiempo, dejó de ser el educador infatigable para quien no tuvo solución de continuidad el ejercicio del magisterio.

Patriota de la escuela de Duarte, se mantuvo a toda hora en la línea de vanguardia de quienes defendían la República cuando había o parecía haber peligro para su soberanía e independencia. Nadie le igualó en su campaña para combatir la contratación de los funestos empréstitos del 88 y años siguientes, de que la nación derivó los males sin cuento que todos concebimos y él predijo con palabras plenas de encendido patriotismo y exentas de interés político. Yo lo ví con mis ojos escarnejado, arrastrado como un delincuente por los esbirros del

régimen entonces imperante. En aquellos momentos, para mí inolvidables, me pareció, en las exaltaciones de mi niñez, contemplar en él la imagen de Jesucristo.

"La notoriedad de su nombre —escribió Miguel Angel Garrido, que tanto le amó y a quien él amó tanto— ha traspuesto gallardamente los linderos de la República para merecer alabanzas de insignes pensadores, como Ruíz Zorrilla, Navarro Viola, Merchán, Matta, Betances, Saluzzo, Varona, Hostos, Martí, y cien adalides más del pensamiento y de la gloria. Su obra enaltece la individualidad de su meritoria existencia. Si como batallador político no luce relieves que dejen consagrada la soberanía de su nombre, porque lo debilitan en cierto modo los idealismos que bullen en todo su ser, y le resta fuerzas el apacible encariñamiento de sus virtudes sociales por el sonoro ritmo de la sangre latina, su labor de infatigable hombre culto corona, por manera acabada, la serena cordialidad de su vida. Un hombre así, hecho para los goces helénicos de la piedad; un hombre así, en cuyo numen asoma perennemente el alba de la fe en el ideal; un hombre sin envidia, un hombre casto, pródigo de su alma y su nobleza, al saber de las esquivaces de la vida, le sorprenderá que a la vida falte ternura, y caerá sacudido por las realidades súbitas del mundo; mas dejará al caer el inefable frescor de su grandeza, que animará la savia de su nombre puro, y abrirá a la claridad de la historia la inmarcesible blanca flor de su virtud".

Ha tocado a la Academia Dominicana de la Historia aprovechar el fruto de las postreras actividades de su vigorosa mente y su vitalidad asombrosa. Cuando en el año de 1931, el Excelentísimo Presidente Trujillo, en su ingente labor de propiciar e impulsar el adelanto cultural del país, creó este organismo, fué escogido el doctor Henríquez y Carvajal por él como uno de los miembros fundadores. Elevado a la presidencia de la Academia, estuvo ejerciéndola hasta ya cumplidos los noventa y seis años. La luz de su inteligencia había seguido brillando como siempre; empero la de sus ojos se iba apagando gradualmente. Las energías de su espíritu no se habían doblegado al peso de la edad; mas su organismo, agotado, hacía apremiantes exigencias de reposo. Con gran dolor de todos los académicos su renuncia, reiterada, fué acogida. Desde entonces quedó entregado a la apacibilidad del hogar.

Una vida de cien años no es de por sí un suceso extraordinario entre nosotros. Lo es, sí, cuando



esa vida ha sido la de quien la consagró con desinterés y amor a las actividades del maestro, vocación la más noble que puede alentar en corazón humano; de quien amó intensamente a su patria y fué en toda hora un ardiente defensor suyo; de quien, aún ya en la edad senecta, se mostró siempre propicio para aprontar el concurso de su inteligencia y su saber a la causa de la cultura en todas sus manifestaciones y cuyo nombre se halla ligado por esto a tantas y tantas empresas de bien público; de quien mereció de José Martí el título de hermano por su devoción y sus grandes servicios a la causa de la independencia de Cuba; de quien nunca conspiró contra la paz de la República por lo mucho que la amó siempre; de quien, como dijo Garrido, es un apóstol de los más avanzados progresos de la ciencia jurídica; de quien rechazó con dignidad patriótica toda ingerencia extranjera en nuestras cuestiones domésticas; de quien como publicista, como orador, como periodista, como hombre de excepcional cultura ha conquistado fama continental para honra suya y de su pueblo...

Por esas altas ejecutorias, nuestro eximio Primer Magistrado, el Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina, que sabe avalorar el mérito de los hombres, que aprecia la grandeza de éstos por sus obras, que ha elevado entre nosotros el nivel de la cultura

tra y el prestigio del magisterio a altura no esperada ni prevista, que ha dado muestras sin precedentes de cómo admira a quienes consagraron la mejor parte de su vida a la difusión de la enseñanza y fueron ejemplo de educadores y maestros, lanzó, tiempo ha, la iniciativa para que el centenario del doctor Henríquez y Carvajal fuera celebrado como un evento digno de recordación, y encomendó a la Secretaría de Educación y Bellas Artes, a la Universidad de Santo Domingo y a la Academia Dominicana de la Historia la coordinación de los actos que respondieran a ese fin.

Por eso, la Academia Dominicana de la Historia, donde corresponde al doctor Henríquez y Carvajal el sillón académico A, que si no puede contar ya con su noble presencia le siente en espíritu en sus deliberaciones, viene ahora aquí para dejar esculpido en bronce el testimonio de cómo el varón ilustre que ascendió a la cumbre por el ejercicio de las virtudes consagradoras de su nombre entre nosotros y fuera de nosotros, llegó también a la cumbre de los años, en medio al amor y a la admiración de los suyos.

Recordados sean, pues, para siempre, su larga vida, su ejemplaridad y su preclaro nombre.

Academia de Historia  
Secretaría

Nº 217.

Bogotá, septiembre 15 de 1948.

Señor Presidente de la Academia Dominicana  
de la Historia,  
Ciudad Trujillo.

Señor Presidente:

Uno de nuestros más apreciados consocios, el Dr. Luis Augusto Cuervo, tuvo oportunidad de presentar ante la Academia la proposición que me es grato transcribirle y que fué debidamente aprobada. Dice así:

"La Academia Colombiana de Historia registra en el acta de su sesión de hoy, la satisfacción que experimenta al enterarse que el día de mañana, 16 de septiembre, Don Federico Henríquez y Carvajal cumple cien años de vida consagrados al servicio de su patria, a los ideales americanistas y

a la divulgación de una auténtica cultura política e histórica entre todos los pueblos del Continente."

Aprovecho esta ocasión para saludar al Sr. Presidente y para suscribirme su,

Affmo. servidor,

ROBERTO CORTAZAR.

Ciudad Trujillo,  
Distrito de Santo Domingo,  
República Dominicana,  
22 de septiembre, 1948.

Señor Dr. Roberto Cortázar,  
Secretario de la Academia de Historia.  
Bogotá, Colombia.

Señor Secretario:

Tengo a honra acusarle recibo de la atenta carta de usted de fecha 15 de septiembre, con la cual transcribe la proposición presentada en la sesión



del día 14 por el ilustre académico doctor Luis Augusto Cuervo y aprobada por esa docta corporación para que se registrara en el acta de la sesión de aquel día la satisfacción experimentada al enterarse de que el 16 cumpliría don Federico Henríquez y Carvajal "cien años de vida consagrados al servicio de su patria, a los ideales americanistas y a la divulgación de una auténtica cultura política e histórica entre todos los pueblos del Continente".

Este noble rasgo de la Academia Colombiana de Historia en honor de nuestro eminente compatriota, cuyo centenario ha sido celebrado en todo el país con gran júbilo, es apreciado por nosotros en todo lo mucho que vale y por medio de las presentes líneas llevamos al conocimiento de esa Academia y del doctor Luis Augusto Cuervo el testimonio de la más profunda gratitud que por ello sentimos.

Válgome de esta oportunidad para reiterar a usted y a la Academia Colombiana de Historia la expresión de nuestra muy alta consideración y estima.

Atto. S. S.

M. de J. Troncoso de la Concha,  
Presidente de la Academia Dominicana  
de la Historia.

Habana, Set. 16, 1948.

Presidente Academia Dominicana de la Historia,  
Ciudad Trujillo.

Sociedad Colombista Panamericana adhiérese al homenaje que esa prestigiosa corporación tributa al glorioso dominicano y amigo de Martí don Fe-

derico Henríquez y Carvajal en el centenario de su nacimiento.

Miguel Angel Campa, Presidente,  
J. Martínez Castell, Director.

Ciudad Trujillo,  
Distrito de Santo Domingo,  
República Dominicana,  
18 de septiembre, 1948.

Señores Dr. Miguel Angel Campa, Presidente; y  
Dr. J. Martínez Castell, Director de la  
Sociedad Colombista Panamericana.  
Habana, Cuba.

Ilustres señores:

Tengo la honra de acusarles recibo de su expresivo mensaje del 16 de septiembre, con el cual la Sociedad Colombista Panamericana se adhirió al homenaje tributado al glorioso dominicano y amigo de Martí don Federico Henríquez Carvajal, Presidente que fué de esta Academia y actual académico Sillón A, en el centenario de su nacimiento.

La Academia se han sentido profundamente conmovida en presencia de ese testimonio de afecto y consideración a nuestro ilustre compatriota y eminente compañero y me encarga expresar a esa benemérita Sociedad, por ello, su muy hondo reconocimiento.

Con los sentimientos de mi más alta estima, quedo de ustedes atento seguro servidor,

M. de J. Troncoso de la Concha,  
Presidente de la Academia Dominicana  
de la Historia.

